

Go
Concurso
de
cuento

Gonzalo
López de
Haro



Noveno Concurso de Cuento
Gonzalo López de Haro
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2025, 48 págs.

Noveno Concurso de Cuento Gonzalo López de Haro

Primera edición, 2025

D.R. © 2025, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma
de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ingeniería
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Hecho en México.

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL
Cuidado de la edición: Patricia Eugenia García Naranjo
Formación editorial e ilustración de portada: Nismet Díaz Ferro.
Las ilustraciones en interiores fueron generadas
con apoyo de Chat GPT.

Índice

Prólogo IV

Ganadores 1

Verrücktheit 2

Un mundo real 6

Nada 10

Finalistas 15

El ruido 16

Aurora 22

Lluvia a mitad de la noche 27

Isabella. 32

Sentir. 36

¿Subimos? 40

Participantes 44

Prólogo

Adolfo Bioy Casares menciona: «El arte de escribir cuentos es un poco como el arte del cocinero», comparando la labor del escritor con la de un chef. Claro que las recetas solas no sirven. Son las astucias del cocinero (el don que le permite saber la «cantidad suficiente» de cada ingrediente) las que dan por resultado un gran plato o en el caso del escritor, un gran libro.

La narración, la descripción, la metáfora, entre otras, están en las novelas, en la poesía, la diferencia de estos géneros con el cuento la escribe Julio Contázar: «La novela es comparable con el cine y el cuento, con la fotografía». William Carlos Williams, afirma por su lado: «Es como todas las formas de arte, tomar los materiales cotidianos y usarlos para elevar la conciencia de nuestras vidas a niveles más altos por medio del arte».

¿Desde cuándo existe el cuento? La historia nos menciona que al principio se relataba un anécdota, una vivencia o algo producto de la imaginación; debido a que no se tenía mucho tiempo ni muchas oportunidades había que ser cortos al hablar. Entonces, pareciera

que de ahí salieron los primeros cuentos Jorge Luis Borges lo corrobora: «...Los cuentos, aunque dejen de escribirse, se seguirían contando».

Ana García piensa: «La persona que lee tu cuento dice: qué imaginación, qué fantasía, qué creatividad; en contraste, tú dices: sucedió de verdad, sólo lo relaté». Juan Rulfo dice sobre el cuento: «Recrear la realidad es pues uno de los principios de la creación». Al pensar en escribir un cuento, de inmediato pensamos en el final; Silvia Bullrich menciona: «Toma tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste».

Ana G. García y Colomé

Ganadores

Verrücktheit

Samantha Yamilé Feria Chávez

«Odina»

Los días pasan, la vida se detuvo, encerrada en mi cuarto solo escucho aviones y helicópteros pasando continuamente, hasta entre sueños he pensado que mi cabeza es un aeropuerto, pero en vez de pasajeros, hora con hora llegan pensamientos de todo tipo, algunos tratando de plasmarse en estas hojas, otros, sólo corriendo por ahí.

Me asomo constantemente por la ventana, buscando algo nuevo, pero sólo veo la inmensidad de esta ciudad sin vida, ya no advierto ningún grupo de ancianas caminando por los parques, ni niños creando historias en los columpios, tampoco cachorros corriendo por ahí descubriendo el mundo.

Las noches son inmensas, la obscuridad no acaba, a veces, las lágrimas sólo desean salir a tomar un respiro, dado que están muy agobiadas por estar encerradas en ese lagrimal bloqueado; en ocasiones, las acompañan mi furia y el estrés ante la imposibilidad por no poder hacer nada, pues por más que intento escapar, no lo logro, mi cerebro no responde, dejó de funcionar, igual que un

buscador web atorado, pantalla negra y un círculo que no cesa de girar sin éxito.

Las luces de la vida se apagan casi en su totalidad, sólo queda esa llama de esperanza de volver a ser y vivir como antes. Con el tiempo, tengo dudas de que eso pase y me doy cuenta que el mundo no paró, la catástrofe sigue. El planeta exige un cambio, ¿se lo podré dar? O con quedarme en esta jaula, que antes llamaba hogar, generaré el cambio.

Siento que tienen razón quienes dicen que durante esta pandemia nos volvimos el zoológico de la naturaleza. Aves, peces, osos, caballos, animales salen sin miedo a pasear, corren, vuelan, nadan y nos ven a la lejanía, encerrados en nuestras casas, temerosos de un virus que nos acecha.

Creo que la felicidad acabó, la libertad de expresarme; ahora, vivir es hacerlo sólo a través de una pantalla, un mundo en 2D. Es tan extraño, ver a los otros, es como mirar la televisión eternamente, quieres acompañar a las personas que amas, pero no las puedes tocar. Conoces otras personas, interactúan y se sienten cercanos, pero en el fondo, son totales desconocidos.

¿Volveré a vivir? ¿Volveré a amar? ¿A bailar bajo la lluvia ácida de esta ciudad, como Gene Kelly, disfrutando el agua sobre mis mejillas? ¿Volveré a ver las estrellas recostada en el pasto? ¿Pisaré la arena? ¿Volveré a ser libre, sin ver caras anónimas recorriendo el mundo con un parche en la cara?

Enciendo la televisión, las noticias no paran, asesinatos, discriminación, miseria, odio, guerras que inician, marchas buscando justicia, incendios, la vida desapareciendo. Día a día me pregunto

si estas cuatro paredes se volvieron mi féretro, que, como faraón egipcio, permaneceré junto con mis pertenencias por la eternidad, sólo que con mis órganos en su lugar. ¿Mi tiempo acabó o aún no inicia? Siento que desperdicio mi vida frente a este computador, malgastando aire. ¿Me estaré volviendo loca? ¿Enterré a quien fui debajo del suelo y por eso escucho su palpitar, atormentándome por las noches?

Un día, el estruendo me despertó, mis paredes temblaban, el ruido golpeaba mis oídos, martillos, taladros, portazos, por horas, días y semanas. Y la furia salió a la luz, lo único que deseaba hacer era gritar, acabarme toda mi voz.

En cierto momento tuve que usar un martillo, no recuerdo ni para qué, pero no lo quería soltar, quería romperlo todo, pero decidí dejarlo, tranquilizarme y reposar en calma.

Poco a poco sentí como las sombras iban poseyendo mi hábitat, me iban atrapando, sólo dejaban libre la cocina, el baño y mi cuarto, lo demás se volvió invisible, tres habitaciones, siempre iguales. Los libros me ayudaron a escapar, a otros mundos donde esta realidad no sucedería nunca, las películas me hicieron recordar el mundo en el que viví y me llenaba de nostalgia y la misma pregunta volvía a resonar... ¿Volveré a vivir? Pero al acostarme en mi cama, observaba ociosamente mi brazo, por mi muñeca veía venas y arterias, sentía los litros de sangre pasar segundo a segundo, líquido de vida, instintivamente toqué mi pecho buscando el corazón, percibí sus latidos, ese gran músculo haciendo su trabajo, sabía que aún estaba viva, sin embargo, yo no lo creía así, me sentía muerta, congelada en el tiempo. Si creyera en cuentos de

hadas pensaría que un caballero estaba a punto de salvarme de esta torre de siete pisos donde he vivido, ¿acaso sería tan valiente que subiría por los ladrillos o simplemente usaría el elevador?

Una noche fui a bañarme, llené la tina, me desnudé y no sé por qué hundí la cabeza hasta el fondo, me sumergí completamente, sentía burbujas de aire escapando por mi nariz. Imaginaba esa escena como pintura de Caravaggio, la tina resaltando en el claroscuro, el agua escurriendo y yo, como Ofelia ahogando mis tristezas, hasta que, finalmente, mi alma se hundió conmigo para no levantarse nunca más.



Un mundo real

Alexandra Rojo Rivera

«Alex Rojo»

Bienvenido a mi mundo; esta es una historia basada en mi realidad, una historia vista desde el marco de una chica solitaria. Mi nombre es Emma, soy una chica de 17 años, y en este momento escribo algo para ti, querido lector; quiero darte a conocer mi universo, mundo, hogar, o como quieras llamarle, espero ansiosamente que lo leas. Sabes, acabo de terminar de leer un libro, por cierto, me encanta leer, se supone que es una de las cosas que te hace explorar lugares que no existen realmente, pero haré una excepción; el libro que te menciono describió muy bien el mundo donde vivo, fue publicado en 1953, han pasado 68 años desde ese día y al parecer nada ha cambiado. Pero primero te contaré algo sobre mí, soy una chica solitaria, por lo que no tengo muchos amigos ¿quieres saber la razón? Bueno pues, no hay mucha gente con quien hablar en estos tiempos; como puedes darte cuenta, la tecnología en todo el mundo ha crecido de una forma increíblemente sorprendente, y se supone que nos ayudaría a realizar de manera más sencilla varias cosas de nuestra vida, pero cada día veo a las personas viviendo dentro de

sus propias mentes. Muchas veces veo hacia mi ventana que da al edificio frente a mi casa y todo es aburrido; cuando era pequeña escuchábamos variedad de historias de las familias que vivían allí, y ni se diga cuando eran fechas navideñas, las ventanas presumían la variedad de luces que colocaban sobre ellas, las personas conversaban, disfrutaban del delicioso banquete navideño que inundaba las calles de un aroma delicioso y se divertían con juegos familiares. Lamento decir que todo eso está muriendo, cuando se acercan esas fechas sólo veo una ventana encendida de cientos que hay allí. A veces, en el colegio, intento hablar con algunas personas, pero me sorprende que los temas de conversación sean los mismos de siempre, es decir, videojuegos, amigos que conociste en internet, videos, el chico o chica del cual se enamoraron por internet, tendencias en internet, los llamados «memes», fiestas, etc. Y cuando intento cambiar de tema, me siento ignorada, la gente simplemente no sabe qué decir. Y, ¿sabes qué tiene en común el libro que leí y el mundo de hoy? Que las mentes de las personas eran limitadas, en la historia que leí quemaban los libros, a la gente sólo le importaba ser feliz ¿de qué manera? De cualquier forma que te evitara pensar, reflexionar y tener un criterio propio, por lo que consideraban a la lectura, la poesía o el conocimiento, una razón por la cual alguien puede vivir en la desesperación y en la desdicha. ¿No crees que estamos viviendo en ese mundo? Qué extraño es ver a todos con una venda atada a los ojos, encadenados a un aparato electrónico, limitando su mente, su cuerpo, sus aspiraciones... alejándose de los demás. Te contaré algo personal, hace cinco años murió mi padre de un accidente, justo una semana antes de Navidad. Esa

era nuestra temporada preferida porque nos llevaba a mí, a mi hermano pequeño y a mi madre a la plaza central que se llenaba de luces, árboles navideños y aromas cálidos. No sabes cómo me gustaría estar con él ahora, escuchando una y otra vez las historias de su juventud, pasear en la plaza central, escuchar sus sabios consejos e ir al pueblo de mi abuelo a contemplar las largas y enormes noches estrelladas. Mi padre odiaba los aparatos electrónicos, siempre evitó comprarnos a mi hermano y a mí alguno; decía que la verdadera belleza de las cosas sólo se encontraba afuera, en el mundo real, y que el verdadero amor y afecto sólo los apreciabas estando cerca de tus semejantes y de las personas que aprecias. En estos tiempos, las personas sólo viven en ilusiones, en sus sueños, pensamientos, viven dentro de cada una de las esferas del árbol de navidad, que ya no sale del garaje. Tal vez sean pocas las personas que lean esta breve historia, pero, aun así, querido o querida lectora, quería preguntarte ¿ya le echaste un vistazo a lo que hay tras tu ventana?

Recuerdo algo que me dijo mi padre semanas antes de su muerte, habíamos ido al pueblo de mi abuelo, me encantaba ese lugar, su casa era grande con luz cálida, y siempre olía a café; afuera tenía un enorme jardín con flores de diversos colores y formas, muy bien cuidadas, por cierto. Mi hermano, mi padre y yo nos acostamos en el pasto, mientras mi madre horneaba galletas de jengibre junto a mis abuelos, y en ese momento mi padre mencionó: «Hijos míos, recuerden contemplar siempre las estrellas brillantes que ahora cubren las grandes ciudades, no permitan ser cegados cuando aún hay mucho que ver y por dar», jamás olvidaré

esas palabras. Querido lector, este es el fin de mi historia, espero que tú aún sigas siendo una de las ventanas encendidas, que aún disfrutas de las maravillas y defectos del mundo real, recuerda ser agradecido y amar a las personas que aprecias, sé tú quien libere de las vendas atadas a alguien más.



Nada

Ana Paula Mendoza Hernández

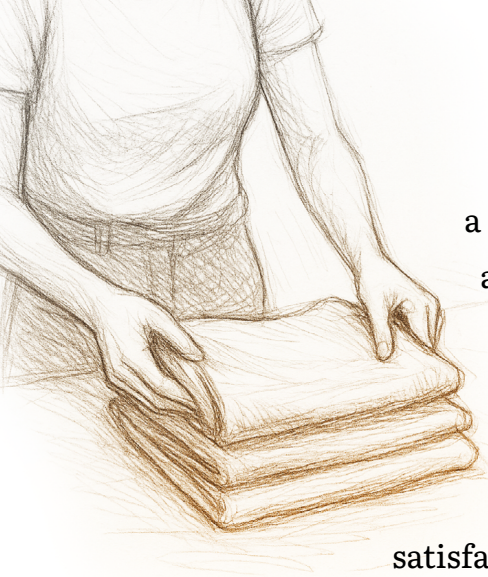
«Annie»

La soleada tarde un día cualquiera de mediados de mayo. Claro que a ratos llueve, y hace mucho viento. Pero en su mayoría, es esa estrella dorada enorme y muy, muy caliente las que nos otorga luz y energía para nuestras horas productivas. Estos días ha hecho tanto calor que, casi siempre, alrededor de las 7 de la tarde aún es imposible salir a la calle. Aunque es cierto también que, aunque generalmente lo hago, hoy no quiero despertar un poco antes del amanecer para hacer ejercicio. Es más, apago la alarma estando no muy consciente para dormir unas horas más. Por eso, cuando vuelvo a abrir los ojos, el reloj marca poco antes de las 09:00, que no es tarde pero definitivamente ya no me da tiempo de ir a correr. En su lugar, decido ir con mi perro al paseo de las mañanas. Salimos a la calle y el sol está apenas acariciando los techos de los edificios. Anoche llovizó sobre la ciudad, y por eso hoy hay un cielo muy, muy azul, despejado, que da la sensación de poderse alcanzar si estiro mis brazos. El viento mañanero despeina un poquito mis cabellos, pero se siente bien. Siento la cálida luz solar, que, igual

que yo, apenas va despertando, en mis piernas, en mis rodillas, en mis brazos y en mi cara. El pasto por el que paso huele a tierra mojada y las plantas, aún húmedas, parecen estar muy alegres, vivas. Traje conmigo una pelota que juego a lanzar para que mi perro la traiga de regreso. Aunque no suele hacerme caso en este juego, hoy corre como nunca, varias veces para atrapar la pelota verde y luego traerla hasta mis manos. Cuando se cansa, se tira en el pasto y deja que lo acaricie unos minutos. Su respiración es muy agitada y me mira con ojos de agradecimiento y amor. De regreso a casa, paso por el local de las tortillas y la tienda que siempre huele a limpio. Saludo a la dueña de la veterinaria que es, además, mi vecina. Saludo también a los guardias de seguridad que trabajaron toda la noche y sólo quieren irse a su casa. Los admiro, la verdad, porque a mí las noches en vela me ponen muy mal.

Cuando entro a mi casa, escucho a mi mamá cantar mientras prepara el desayuno. Las dos nos sentamos en la mesa y, aunque el desayuno es el mismo huevo estrellado de todas las mañanas, cuando oigo su voz tenue pero firme preguntarme cómo dormí, siento una carga menos en el pecho, casi como si fuera lo único que necesito para sentirme bien. Platicamos un poco de todo: del clima, de las noticias mañaneras, de si vimos a tal o cual vecino salir temprano hacia el trabajo. No hay mucho que decir; no hay muchas novedades en los últimos días, pero decimos lo primero que se nos viene a la mente con tal de no dejar de platicar nunca. Cuando hemos acabado de desayunar, ponemos música





a todo volumen y luego cada una se pone con alguna tarea del hogar. Yo lavo los trastes y ella barre la casa. Aunque el jabón y el desengrasante suelen ser demasiado agresivos con mi piel, lavar los trastes no me molesta y, por el contrario, lo encuentro satisfactorio. Me gusta sentir que la grasa y el olor a comida se desprenden poco a poco de cada uno de los platos y vasos. Apilo todos los trastes recién lavados en el fregadero: me gusta acomodarlos armónicamente para que luego sea más fácil ponerlos en su lugar. Cuando he acabado con los trastes, me pongo a doblar la ropa, tarea que odio. Lo hago medio de mala gana hasta que suena una de mis canciones favoritas y entonces me pongo a bailar yo sola, como no lo había hecho en mucho tiempo. Canto a todo pulmón y es un gesto tan raro en mí que incluso mi mamá voltea a verme, sorprendida. Sonrío y no dejo de bailar. Comienzo a doblar la ropa de nuevo, esta vez al ritmo de la música. Es increíble como una sola canción puede modificar nuestro estado de ánimo, ¿no? Ahora doblo la ropa el doble de rápido de lo que lo hubiera hecho estando en silencio. Acomodo toda mi ropa en su lugar y también la de mi mamá. El clóset queda como nuevo y huele todo a recién lavado.

Entro en la cocina porque desde fuera huele delicioso y empiezo a tener hambre. Ayudo a preparar la comida, y con ayudar me refiero básicamente a picar verdura y servir los platillos. Nunca he aprendido a cocinar y, sinceramente, nunca antes había tenido intención de aprender. Pero sé que es algo necesario y pienso que ya

tengo edad suficiente para comenzar a preparar mi propia comida. Mi mamá no suele distinguirse por su sazón al momento de cocinar; creo que no le agrada mucho. Pero hoy ha preparado unas enchiladas riquísimas y disfruto de la explosión de sabores que se quedan en mi paladar con cada bocado que doy. Podría comer esta salsa todos los días. Le digo a mi mamá que la comida le quedó deliciosa, y ver su sonrisa de gusto en el rostro me ilumina los ojos y me dan muchísimas ganas de abrazarla, pero no lo hago.

El resto del día lo paso leyendo y haciendo tarea. Aplacé por mucho tiempo esta investigación que me dejaron en la escuela, más que nada porque no sé por dónde empezar. Pero una vez que comienzo a leer y aprender, recuerdo por qué me gusta tanto estudiar en la Universidad y me llena de nostalgia saber que, incluso ahora que me veo obligada a tomar mis clases en línea, me es muy satisfactorio aprender cada día más y más. A veces me invade un sentimiento de pequeñez cuando me comparo con la inmensidad de cosas que me quedan por saber. Son casi las 7:30 de la noche, me siento abrumada de tanta lectura y decido aprovechar que el sol ya no quema tanto para pasear a mi perro. Cuando salgo, veo los últimos rayitos de sol iluminar el cielo de un tono entre amarillento y anaranjado. El calor da una sensación muy tenue de verano y el cielo comienza a oscurecer. Me encuentro con otros vecinos, que al parecer también aprovechan esta hora para estirar las piernas y caminar un rato. Saludo a todos cordialmente y me pregunto si están terminando su jornada laboral o si han pasado la mayor parte del día delante de la computadora. Tal vez aún tengan trabajo por hacer o tal vez tengan que ayudar a sus hijos con la tarea.

Siento un cosquilleo en el pecho cuando me viene a la cabeza un pensamiento: todos estamos agobiados y, aún así, tratamos de dar lo mejor cada día.

He quedado de hablar por teléfono con mi amiga, que hace más de un año que no veo, y por eso regreso rápido a casa, pocos minutos antes de las ocho. Hemos hablado un par de veces por videollamada, pero las ganas que tengo de abrazarla y de escuchar su voz en vivo cada vez son más grandes. Prendo la computadora y me emociono cuando veo su imagen reflejada en el monitor, aunque no me basta con verla a través de la pantalla, si soy sincera. Después de saludarnos, me pregunta qué he hecho el día de hoy. Yo, casi sin pensarlo, contesto: —Pues... nada. Después de un momento, pienso en el desayuno y la comida que compartí con mi mamá, en su voz y en su sonrisa que le dan calidez a mi corazón. Pienso en mí misma bailando y cantando como si fuera la primera vez que escucho esa canción que tanto me gusta. Pienso en mi perro y en su felicidad cuando, en la mañana, jugamos a la pelota. Pienso en el olor a limpio que se ha quedado por toda mi casa y pienso también en todo lo que aprendí durante mi investigación. Sin embargo, me quedo en blanco al darme cuenta de que mi respuesta fue casi instintiva, como si todos los días me dedicara a hacer lo mismo, como si hoy no hubiera hecho «nada».

Finalistas

El ruido

Juan Carlos Cárdenas Mendoza

«Juccme»

Aquel año comenzó un poco caótico con muchas noticias, incendios incontrolables, conflictos bélicos y comerciales entre países que estaban lejos de casa, pero que aun así nos terminaban afectando o asustando. Aquí había noticias de desapariciones forzadas, asesinatos, protestas, marchas, revoluciones, una guerra entre los que apoyaban al gobierno y los que no, pero al pasar unos días las cosas volvían a la normalidad hasta que una nueva noticia nos volvía a aterrar e incluso a poner unos contra otros. Los humanos hacemos mucho ruido por cualquier cosa. Los días pasaban y nadie prestaba la atención necesaria a cosas mucho más importantes, la crisis climática se nos salía de las manos cada vez más, estábamos al borde de un punto sin retorno y la violencia seguía escalando niveles muy altos, el dinero cada vez alcanzaba para menos y el ruido de la desinformación seguía latente, algunos días había una noticia buena, pero eran más las malas. Entre tanta información real y falsa que nos bombardeaba a diario, no terminamos por entender ninguna.

Pero a principios de ese año, surgió una noticia, una que ninguno esperaba. «Se presenta una nueva enfermedad leve en una región de China». La noticia rebotó en todo el mundo, pero como siempre no nos importó y la dejamos pasar, porque una posible guerra mundial la opacó rotundamente, fue cerca de un mes después cuando esa noticia regreso. «La nueva enfermedad en China se propaga muy rápido, se creó que hay más países infectados». Durante el siguiente mes los casos siguieron apareciendo, cada vez la cifra de infectados aumentaba, cada día se sumaban más países y sin más llegó la muerte. Fue entonces cuando todos pusimos atención a la noticia, buscamos información sobre la enfermedad, recomendaciones para evitarla, que acciones seguían los gobiernos y dónde estaban los contagiados. Al final todo se salió de control, no creíamos que fuera tan grave pero el virus nos escupió en la cara, literalmente, nadie atendió las medidas de prevención, la gente seguía viajando a diferentes países, seguimos con nuestra vida normal, los eventos masivos no se cancelaron e incluso había quien no creía en el virus, eso hizo que los infectados crecieran de una manera casi incontrolable.

El ruido de las noticias volvía: «Por lo menos cien mil personas escaparon de la zona en cuarentena». Esas noticias provocaron lo que menos se quería, pánico, la gente compraba por centenares papel higiénico, gel antibacterial, cloro, comida, jabón y muchas cosas innecesarias, muchos centros comerciales quedaron vacíos en cuestión de días. Los gobiernos comenzaron a actuar de diferentes maneras, algunos de manera desesperada, otros de manera más pacífica y despreocupada, se empezaron a cerrar fronteras,

se cancelaron vuelos, se suspendieron las clases, algunas fábricas dejaron de funcionar, el deporte mundial se detuvo y poco a poco la gente se fue quedando en casa.

Algunos creyeron que aquí nos tardamos en actuar. A mediados del mes de marzo, si no me equivoco, nos pusieron en cuarentena, una cuarentena que aún no termina. Se nos hizo fácil creer que todo el mundo podía parar mientras desaparecía el peligro, mientras el virus moría, pero no entendíamos que hay mucha gente que depende de su pago diario y que no puede faltar a trabajar, siempre hablamos desde nuestro privilegio. Aunque paramos, las cosas no mejoraron, los infectados seguían aumentando, algunos prometían curas, pero no había resultados, los casos pasaron de cien a mil en cuestión de días y a cientos de miles en unas semanas. Era junio y para este punto no había ningún país sin ningún infectado. La crisis fue inevitable, mientras la enfermedad seguía su camino por el mundo, comenzó una guerra por los precios del petróleo provocada por el mismo virus, las monedas comenzaron a devaluarse y las medidas de contención no funcionaban, teníamos que enfrentarnos a dos luchas, no podíamos bajar los brazos. Las compras de pánico por fin nos pasaron la cuenta, los primeros afectados fueron aquellos que se quedaron sin trabajo por la cuarentena, aquellos que dependían de un pago diario, ellos no pudieron hacer compras de pánico, no tenían una reserva de productos de higiene, tampoco tenían comida. Cuando más los necesitamos se acabó el papel y el jabón, ya nadie se podía lavar las manos y las infecciones seguían aumentando, no hablemos de la falta de papel de baño, creo que se pueden imaginar eso, el agua potable se

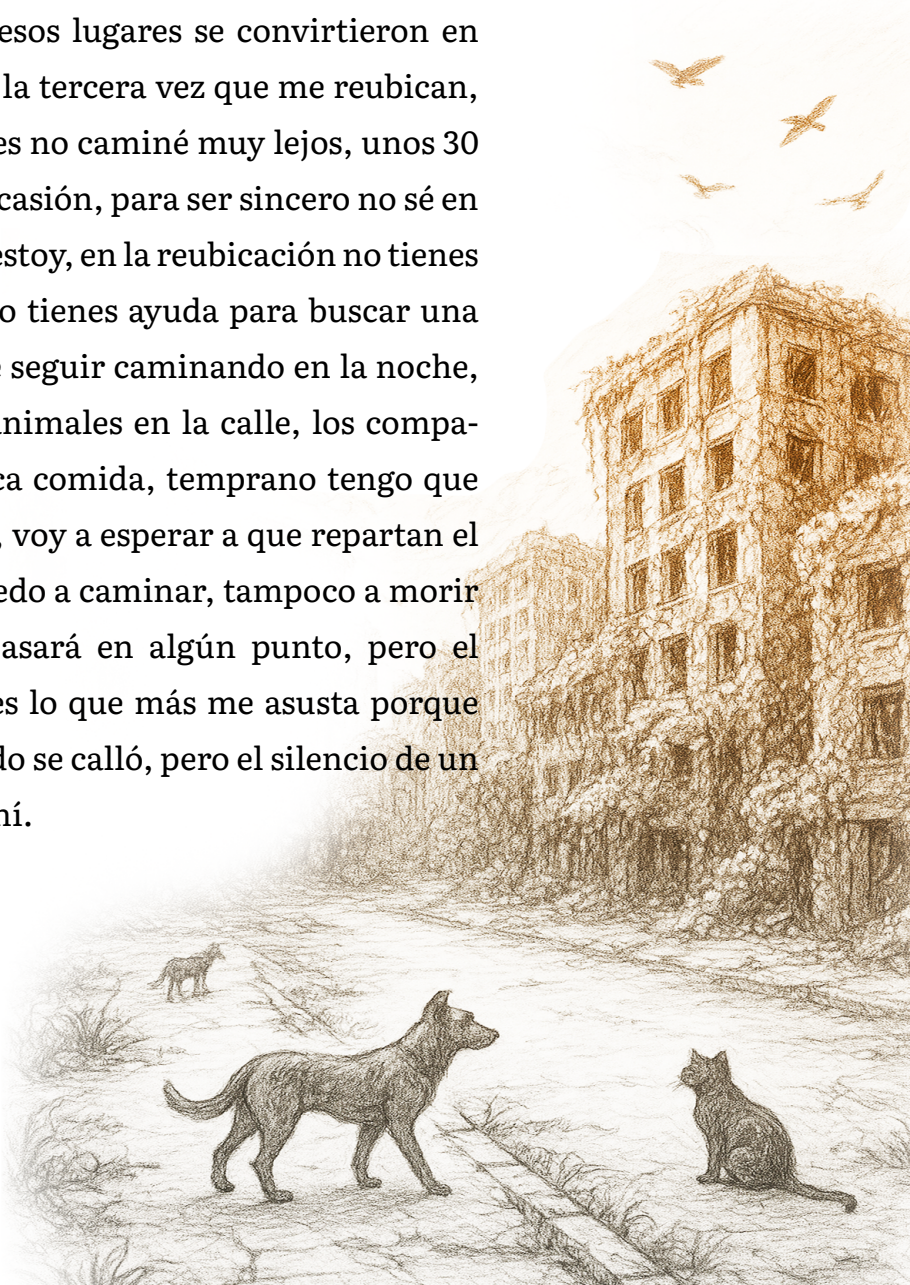
comenzó a limitar a ciertas cantidades, todos la guardamos para saciar nuestra sed, preferimos eso que para lavar algo, la comida de la misma forma comenzó a escasear, en mi caso tengo que dividir mi comida y mi agua en dos, los gobiernos dejaron de darnos comida para los animales de compañía, porque al parecer ellos no importan.

Han pasado los años y seguimos en cuarentena, nos permiten salir unas horas al día a un miembro de cada familia para poder recoger agua o comida, es una u otra nunca las dos, las cajas las dejan en alguna calle de la ciudad, siempre es una distinta, las tiran desde un helicóptero y debemos buscarlas, esperando que con la caída no se hayan roto. En el camino podemos encontrar muchas cosas de tecnología rota dentro de tiendas, celulares, tabletas, computadoras, juguetes y todas aquellas cosas que antes se compraban, pero después del desplome del petróleo, el dinero dejó de importar, ahora el gobierno se encarga de darnos todo, pero muy racionado, hay ocasiones en las que no conseguimos nada en absoluto. El lado positivo es que las emisiones de CO₂ en los primeros meses bajaron 25% y a los dos años, las emisiones eran casi nulas. Ya no teníamos necesidad de usar el drenaje por ello los ríos y lagos estaban más limpios, algunas especies de aves, peces y mamíferos marinos regresaron a esos lugares, las calles lucen totalmente vacías, los árboles y la vegetación crecen libremente, el ambiente me recuerda aquel documental que muestra al mundo sin humanos, el silencio es abrumador, la naturaleza es increíble, poderosa, a ella no le afectó ese virus, continuó su camino, nosotros estamos recluidos porque el virus sigue ahí, ninguna vacuna funcionó, a

los tres años los países se comenzaron a descomponer, los gobiernos cayeron, la gente escapó y muchos murieron, algunos crearon nuevos países pero ninguno duró, corre el rumor que aún queda un país del otro lado del mundo que mata a aquel que estornude, pero según mis estimaciones a ese ritmo no debería quedar nadie. Las fronteras ya no existen, poco a poco el mundo se va quedando vacío, los animales están en las calles, algunos escaparon de zoológicos por falta de comida y otros retomaron el territorio que por derecho les correspondía, ahora también nos debemos cuidar de ellos, nadie sobrevive en la noche, la electricidad es muy limitada, tenemos un máximo de dos horas. Los informes se dan por altavoces, puesto que ya no hay noticieros, ni periódicos, el internet se hizo inútil y los satélites del espacio ahora son sólo adornos. No sé nada de mis amigos, de mi familia, vivo solo en esta casa con mi perro, escribo esto porque el silencio me está desesperando, ya no sé qué día es, en verdad no sé si mis fechas sean correctas y estoy escribiendo todo esto de memoria.

Mañana debo de partir de este lugar al que llamo hogar, me dijeron que traerán nuevos paquetes a este lugar, los paquetes son bolsas negras llenas de algo, los rumores dicen que son cadáveres infectados que vienen de los centros médicos que experimentan con la gente porque aún buscan la cura del virus. Les soy sincero, no sé cuándo me lleven a uno de esos centros, la vida ahora me recuerda aquella novela sobre la ceguera, creía que esa historia era sólo una metáfora pero la realidad siempre supera la ficción. Llevo este escrito conmigo por si un día me encuentran y ya no puedo contar lo que pasó en este mundo. Por lo pronto me reubicarán,

a los que reubicar nunca pueden volver, el camino de la reubicación es sencillo, debemos caminar por la calle silenciosa hasta que encontremos un nuevo lugar donde podamos vivir, en el camino te encuentras a los que no lo lograron y a sus compañeros caninos a un lado, algunos edificios no están completamente vacíos, muchas personas murieron dentro de su apartamento, esos lugares se convirtieron en nichos inmensos. Es la tercera vez que me reubicar, las dos primeras veces no caminé muy lejos, unos 30 kilómetros en cada ocasión, para ser sincero no sé en qué lugar de mi país estoy, en la reubicación no tienes garantías de nada, no tienes ayuda para buscar una dirección, tienes que seguir caminando en la noche, con el frío, con los animales en la calle, los compañeros caídos y la poca comida, temprano tengo que comenzar a caminar, voy a esperar a que repartan el agua, no le tengo miedo a caminar, tampoco a morir en el camino, eso pasará en algún punto, pero el silencio, el silencio es lo que más me asusta porque el ruido, nuestro ruido se calló, pero el silencio de un mundo vacío sigue ahí.



Aurora

Julio Gonzalo Cervantes Bazán

«Corzo»

Como un ritual místico, tras los primeros esbozos del amanecer aún lejano, Aurora tomaba sus limitadas, pero preciadas pertenencias. Ante sus ojos, su viejo overol desgastado, las botas cubiertas de lodo seco y el casco que le acompañaban a diario eran el fiel reflejo de su dignidad, libertad y arraigo. A pesar de lo cotidiana que pudiera tornarse su rutina, en su rostro seguía siendo visible la alegría inmensurable que le provocaba adentrarse a través del socavón hacia la mina, mientras que su mente se engolfaba en íntimos y profundos pensamientos, como si formara parte de un proceso de desconexión del mundo exterior. Nieta de un viejo minero, Aurora conservaba las enseñanzas y consejos de su abuelo, quien le heredó un hondo respeto por la tierra y la costumbre de rendir tributo a una madre sagrada. Al llegar al primer punto de trabajo dentro de la mina, se apartaba del resto de los hombres y extraía de su bolsillo alguna ofrenda que enterraba disimuladamente entre la roca. Ya fuera un cigarro, un dulce o



algún pan, los depositaba con honda devoción como muestra del agradecimiento que sentía hacía aquel lugar que le cobijaba y le brindaba el sustento diario. Para los mineros que le acompañaban, aquella mujer y su historia eran un completo enigma. Existían vagos rumores sobre su origen y la posible existencia de una familia que vivía alejada de la remota serranía sobre la que se tendía la mina. A pesar de la amabilidad y carisma que le caracterizaban, en su mirada se reflejaba un alma templada entre rocas y tintes de rudeza otorgados por la mina. La mina todo lo cambia y Aurora no era la excepción. Sólo los más viejos recordaban a aquella joven mujer de cabello largo y rizado que con su trabajo hizo vencer estereotipos y prejuicios entre hombres con reputación de gañanes, la misma que con el tiempo fue profundamente respetada y querida.

Mi encuentro con Aurora fue una fortuna del destino. Recuerdo perfectamente su leve indiferencia al saludarme y la ansiedad que mostraba por empezar con el trabajo. «Sígame por favor y no se aparte de mí», comenzando con su marcha a toda prisa. Por esos días era un niño que recién había dejado el seno familiar en la ciudad y buscaba ganarme la vida entre el calor y la humedad de las galerías y túneles. Consejos de todo tipo revelaban a una madre que miraba con disimulo las lecciones que otorga la mina a un novato, risas disimuladas acompañadas por un comentario final que lapidaba el aprendizaje. El paso de los meses y el trabajo diario que unen en el cansancio, el hambre y los sueños, me llevaron a ser cada vez más cercano a Aurora. La risa escandalosa que poseía me sumía en la confianza que brinda conocer a alguien durante toda la vida, sólo su acento norteño me regresaba de golpe

a la distancia real y el misterio siempre presente. Durante el lonche solía quitarse el casco y bromear con albures y juegos de palabras con el resto de nosotros. Según me contó, era su parte favorita del día. Le maravillaba la hermandad que produce compartir el alimento y bebida a tantos metros bajo tierra, llevando a hombres fuertes que llevaban consigo vidas tristes a olvidarse de a poco de las desgracias que les hacía compartir sus vidas con la penumbra constante y el aroma a roca quebrada que de a poco les inflamaba el pecho con los años. Aurora conocía con profundidad la realidad que reinaba en nuestros hogares adoptivos, que yacían escondidos entre montañas áridas que por aquel tiempo eran coronadas por un cielo hermoso. Hogares donde el mezcal representaba al mayor aliado de quienes en su soledad se descubrían mirando las estrellas recordando a los suyos. Todas las tardes al concluir el turno, nos advertía sobre el castigo reservado para el desdichado que llegara con resaca al día siguiente, sabiendo que la mina era su gran aliada. Por aquellos años, la riqueza nos sonreía con leyes altas, pero trágicamente malditas. Sólo Aurora y su cuadrilla podía hacerse cargo del Rebaje 2,080, el más rico, pero igualmente complejo. Galerías con ríos de agua subterránea infiltrándose, atmósferas calurosamente asfixiantes e irrespirables por la poca ventilación formaban el entorno perfecto para la demanda incesante de producción por parte de aquellos hombres que jamás pondrían un pie en la mina. En el fondo, nos generaba cierto orgullo estar destinados a un área que nos obligaba a batirnos día con día con nuestros miedos y cansancio. Orgullosos al pensar en el origen honrado y digno del dinero que ganábamos. Aunque jamás lo externaba, Aurora confiaba en la

experiencia y fortaleza de su cuadrilla de trabajo, llenándose de un profundo sentimiento de conformidad cuando al final del turno inspeccionaba el trabajo realizado. No se trataba de una cuadrilla disciplinada, sino de hombres que disfrutaban del aroma a explosivo quemado y combinaban el trabajo con risas y bromas. Los trabajos de preparación de un nuevo rebaje coincidieron con la llegada del invierno y sus primeras nevadas, generando en la serranía un entorno frío con ningún efecto en el calor sofocante que reinaba en la mina, pero sí en nuestros cuerpos golpeados por el cambio brusco de temperatura. Motivados por el trabajo a destajo y la incesante presión, nos esforzábamos por barrenar y volar la roca, siguiendo una rutina de trabajo aparentemente cíclica pero llena de particularidades diarias. Con el disparo de la voladura se marcaba el inicio de los preparativos para el nuevo nacimiento que a diario vivíamos al salir de las entrañas rocosas de la mina. Hombres cubiertos de lodo y empapados en sudor desfilaban por el socavón con el deseo cada vez mayor de llegar a casa.

En el turno de aquella mañana, la voladura reveló los caprichos de la roca que atemorizan hasta al minero más experimentado y fuerte. Cuñas de roca apenas retenidas entre sí, pendían sobre el cielo de la obra. Consciente del riesgo, Aurora evacuó a la mayoría de la cuadrilla, quedándome únicamente con ella, para buscar amacizar la roca. Inmersos en un juego que nos obligaba a adivinar el comportamiento de las rocas, golpeábamos temerosamente las cuñas con barras de metal para hacerles caer. Cierta confianza y tranquilidad comenzaban a hacerse presentes en el ambiente al ver que las cuñas comenzaban a desaparecer. Aurora, con su

serenidad usual, dirigió la luz de su lámpara de manera minuciosa por la obra, buscando comprobar que no existiera mayor peligro. Un ruido ensordecedor interrumpió su búsqueda y llevó a nuestras miradas a cruzarse. A pesar de conocer muy bien aquel crujido de roca, inevitablemente me imaginé dentro de un monstruo que estaba por despertar. El impulso humano nos llevó a correr, siguiendo una ruta incierta a través de la obra. Buscábamos un poco de resguardo en un terreno sin ningún lugar seguro, donde la suerte era lo único tangible. Un dolor agudo en la pierna me hizo desplomar sobre el piso. Desesperado seguí con la mirada el destello de la lámpara de Aurora que repentinamente se extinguió entre polvo y rocas. Quedé cegado por la atmósfera y el dolor agonizante me hizo creer que la muerte había llegado para mí. Vagos recuerdos en forma de sueños viven en mi mente, presentándose en forma de destellos lejanos de lámparas yendo en mi ayuda. Al despertar sobre una camilla, no me atreví a preguntar por Aurora. Aunque conocía su destino, en el fondo esperaba alguna noticia milagrosa sobre su rescate, noticia que jamás llegó. La muerte de un amigo siempre sacude los cimientos de cualquier persona, la muerte de Aurora sacudió a la mina por completo. Su cuerpo no pudo ser rescatado, yaciendo en el lugar que fue testigo de su dignidad y valentía, lugar con el que forma parte de un mismo ser para la eternidad. Mi pierna fue amputada, impidiéndome entrar en la mina para rendirle tributo en forma de pequeñas ofrendas, así como ella lo hacía con su abuelo, quien descansaba junto a ella a 530 metros bajo tierra.

Lluvia a mitad de la noche

Efrén Antonio Hernández Jiménez

«Tetzáhuatl»

Mi nariz inhala el dulce olor de la tierra húmeda y del concreto mojado mientras la lluvia cae de forma interminable. Mis oídos escuchan el incesante golpear de las gotas de agua sobre el techo de mi casa y mis ojos ven cómo la luz blanca de los faroles en la calle atraviesa las ventanas. Mis cansados y oscuros ojos observan cada paso que doy mientras mi mano derecha me rasca la cabeza, en un intento de acomodar mi desaliñado cabello. Mi achatada nariz está congelada y mis grandes orejas son mecidas por el frío aire de la noche. La desnudas plantas de mis pies chocan contra el suelo a cada paso que doy y siento cómo, poco a poco, la piel se pega al concreto para después separarse milímetro a milímetro. Hace frío, y mi piel morena lo siente, lo siente cada vez que la tela de esta vieja pijama azul la toca. Mis ojos se enfocan en la puerta a medida que avanzo. Estaba acostado, envuelto en las cobijas, esforzándome por dormir, observando la luz que entraba por la ventana, viendo cómo caminaba a cada segundo, incluso podría jurar que daba un gran salto cada vez que yo parpadeaba. Ni siquiera me fijé en el

reloj, tenía curiosidad de saber, de conocer el momento exacto en que los rayos de luz de aquellos faroles me alcanzarían, de saber en qué momento me podrían devorar.

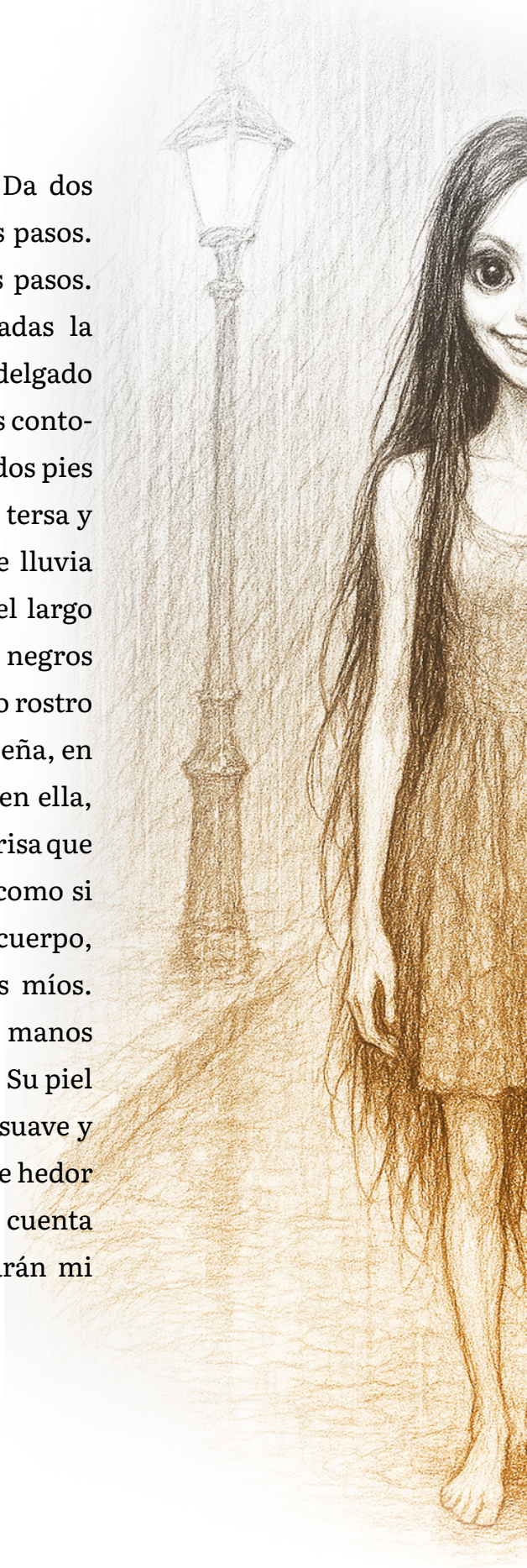
Y, entonces, enfrascado en mi tan infantil juego, lo escuche, el timbre estaba sonando. Una y otra vez, sonó y sonó. Pero no eran golpes dados de forma violenta contra el botón que activa el sonido del timbre, no, para nada. Eran sutiles rasguños al botón que hacían sonar la pequeña bocina de la máquina de una forma tan acelerada y sucinta que, de una forma extraña, pareciera que un niño al otro lado de la puerta me estaba jugando una travesura. O tal vez, era alguien que no estaba en sus cinco sentidos. —Seguramente es Joel, mañana no soportará la cabeza— me explico. Sin embargo, al abrir la puerta no me encuentro con él, sino con la figura de una fémina, cuya silueta es marcada por la luz de los faroles. —¿A quién buscas? Da dos pasos... Mis cansados ojos la observan, una figura femenina, tan delgada como uno de los largos cabellos negros que cuelgan de su cabeza, adornada por una hermosa piel blanca, tan blanca que podría esconderse debajo de aquellos faroles que iluminan la calle, y que está vestida únicamente por un delgado vestido gris. —A quién buscas... Da otros dos pasos... La luz de los faroles ilumina su espalda, pero no su rostro, escondido por la sombra que ella misma crea y su largo cabello. Sus pasos son delicados, diría que hasta elegantes, pero a la vez son ominosos. Sus desnudos pies avanzan sobre el concreto mojado y la tierra húmeda. —¿Qué quieres?! Da sus últimos dos pasos. El agua escurre por su cuerpo mientras observo cómo la luz blanca de los faroles se mueve a través de su brillante cabello. La observo unos instantes y un escalofrío recorre

mi cuerpo, tal vez deba llamar a la policía. Levanto suavemente mi mano para cerrar la puerta y así regresar a mi casa, sin embargo, ella levanta también una de sus manos y la coloca sobre mi hombro. El agua comienza a recorrer mi playera mientras todavía siento la humedad de la calle. —Eh... Lo sé, sé que ya estaba ahí, pero a medida que ella alza su rostro es imposible ignorarlo, lo puedo sentir con más claridad: humedad, el dulce aroma que trae consigo la lluvia. Ese embriagante perfume me revela su rostro, un rostro en el cual existen solamente dos enormes ojos. Dos ojos gigantescos, tan oscuros como un espejo hecho de obsidiana. Trago saliva y con todo el dolor del mundo intento quitar su mano de mi hombro. Pero algo me detiene: mientras las gotas de agua resbalan por mi piel, en mi talón surge un suave sentimiento. La yema de un dedo acaricia mi piel. Es suave y terso, pero frío como el hielo, siento su caricia subir por mi pierna y recorrer la parte trasera de mi rodilla, para después caminar hasta mis nalgas y pasarse a la parte baja de la espalda. Un cubo de hielo recorre de manera suave pero segura mi cuerpo, como si fuera la lengua de un muerto. Se mueve a la mitad de mi espalda y comienza a escalar mi espina dorsal. Siento cómo cada milímetro de piel, segundo a segundo, es explorado por aquel frío. Milímetro a milímetro siento cómo toca cada uno de los huesos de mi espalda y los congela para después pasar al siguiente. Tal vez sea la caricia del frío viento que ha sentido la necesidad de visitarme, o tal vez sea la lluvia, que ha tenido la obligación de contarme algo, de avisarme de algo. Ese punto helado sube por mi cuello y juega con mi oreja, abraza de forma desvergonzada el lóbulo, lo besa, lo adora. De pronto siento cómo baja poco a poco, de forma

totalmente deliberada, por mis mejillas hasta dar con mis labios. Derecha, izquierda, derecha, izquierda... Los recorre suavemente, dejando a cada momento un sutil sendero de hielo, hasta que por fin, se detiene. Sube hasta la punta de mi labio superior y, así como llegó, se va: con un escalofrío que recorre mi cuerpo. Mi mano sigue ahí, tratando de librarme de aquella otra mano, pero no se puede, simplemente me mantengo inmóvil.

Entonces, la poca luz blanca de la calle que logra iluminar su extraño rostro, me deja verla: una enorme sonrisa creciendo a mitad de su cabeza. Una sonrisa que poco a poco se hace más grande. Gigantesca, casi puede partir a la mitad el cráneo de aquel ente. Una sonrisa infantil, como la que puedes observar cuando le das un dulce a un niño. Sí, así es, como un niño que desea aventarse a los charcos de agua que crea un aguacero. Así me aviento yo, soltándome de golpe de aquellas manos frías y blancas que me sostenían. Mi espalda se choca contra el pavimento de la banqueta y mis pies se empapan. Está ahí, observándome de la misma forma en que yo la observo a ella, aunque no sé decir si es ella. Mis ojos observan la sonrisa de un niño que juega a mitad de la lluvia, mientras salta en cualquier charco que encuentra. El duro pavimento me sostiene mientras la incansable lluvia cae sobre mi cuerpo. A pesar de todo, la calle está en silencio, yo estoy en silencio, parece que el frío me ha congelado la lengua. Me arrastro sobre mi espalda en aquel duro concreto mientras la luz blanca de los faros ilumina su rostro e ilumina su sonrisa. Su enorme sonrisa que parte a la mitad su cabeza, abriéndola como si fuera un enorme zaguán. Entonces, mis manos lo sienten, sienten dos dedos recorrer mi piel

y enredarse entre mis propios dedos. Da dos pasos. Intento moverme... Da otros dos pasos. Intento moverme... Da sus últimos dos pasos. Intento moverme... Mis pupilas dilatadas la observan, observan esa piel blanca y ese delgado cuerpo. Observan esas pequeñas caderas contonearse al ritmo de la lluvia, a esos delgados pies bailar en los charcos de agua, a esa piel tersa y blanca ser acariciada por la indiferente lluvia que inunda el mundo. Observan a aquel largo cabello y esos enormes ojos negros, tan negros y enormes que puedo observar mi blanco rostro en ellos. Es la figura de una fémica pequeña, en medio de la lluvia, feliz de poder jugar en ella, con una enorme sonrisa en el rostro, sonrisa que parte a la mitad su cráneo y que brilla como si fuera la misma luna. Se arroja sobre mi cuerpo, sus ojos casi pueden chocar contra los míos. La luz de los faros ilumina sus blancas manos mientras toman de nuevo mis hombros. Su piel tan blanca como la luz de los faroles es suave y tersa. Y al final de todo, mientras el dulce hedor de la humedad llega a mi nariz, me doy cuenta de algo: creo que los rayos de luz tocarán mi cama antes de que yo caiga dormido.



Isabella

Wendy Olloqui Rodríguez

«Wendy»

Tenía el rostro más hermoso que había visto. Tenía proporciones perfectas, una mirada misteriosa que a pesar de la intensidad transmitía calma, alguien que hacía que por un momento olvidaras el querer estar contra los estereotipos y que sólo contemplaras lo que parecía la perfección hecha persona. Aun cuando era consciente de los efectos que tenía en los demás, era alguien sumamente agradable, lo que llamarían un rayo de sol en medio de los problemas y dificultades diarias. No parecía usar su belleza como una forma de manipular a los demás, era simplemente imposible poder odiar a Isabella. Nos convertimos en compañeras de cuarto en la segunda mitad de nuestro año en la universidad, cuando llegó el momento de salir de la casa de mis padres para estar más cerca de la escuela. La encontré cuando buscaba departamentos en la zona, y cuando menos lo esperaba, me ofreció el vivir juntas, no pensé que fuera extraño, sobre todo porque éramos dos chicas solas buscando un mejor lugar para vivir. Ahí comenzó el principio del fin. Nos repartimos las tareas del lugar, la única condición que me puso fue que

no entrara en ninguna circunstancia a su habitación sin avisarle primero o si ella no estaba presente. No me pareció extraño puesto que a mí tampoco me gusta que invadan mi privacidad; dijo que tenía malas experiencias en lo que tenía que ver con esta, accedí sin ningún problema. Y así, comenzamos a vivir juntas y a tener una rutina diaria. Isabella preparaba todas las mañanas dos batidos: uno rojo para ella y uno aleatorio para mí; decía que eran frutos rojos y que eso le ayudaba a mantener su piel suave y sonrosada, aunque no la hubiera juzgado si sólo me hubiera dicho que le encantaban esos sabores. Luego, preparábamos comida para comer en la escuela, tomábamos el transporte juntas, íbamos cada una a sus clases y nos veíamos en la tarde para regresar y cenar, hacer nuestros deberes y finalmente, dormir. Poco después de mudarme con Isabella, empezaron a desaparecer muchas chicas a las afueras de nuestra escuela. Ella, al igual que yo, estaba bastante inquieta. Intentaba tranquilizarla diciéndole que había muchas chicas y que seguro capturarían al culpable antes de que ocurriera algo con nosotras. Me sentía hipócrita calmándola mientras yo tenía que ir a terapia para poder lidiar con esas cosas; aunque el terapeuta me trataba de tranquilizar y me insistía en tomar ciertos tranquilizantes. La primera (y única) vez que tomé los tranquilizantes, Isabella tuvo que irse a ver a sus padres, yo me sentí sumamente mal, por lo que no quise volver a tomarlos a pesar de la insistencia del terapeuta y de Isabella. Fue cuando un día, Isabella me dijo que tendría que ir más temprano a casa, así que el camino de regreso fue bastante solitario. Comenzaba a considerar tomar los

tranquilizantes, quizá así podría calmar mejor a Isabella. Después de todo, era alguien sumamente sensible y una de las dos debía permanecer fuerte ante la situación. Cuando bajé del autobús, llamé a mi terapeuta para hacer una cita ese fin de semana, y vi un rastro de sangre en el piso, un rastro que se dirigía a la calle donde estaba mi departamento. Le pedí a mi terapeuta que llamara a la policía y le di mi dirección, corté la llamada y caminé lentamente, deseando que la sangre se alejara de donde estaba, deseando que no siguiera el camino al departamento, que no fuera hacia donde Isabella estaba... La sangre entraba por la puerta del edificio, subía por las escaleras, y seguía hasta la puerta del departamento. Una parte de mí me pedía a gritos que no entrara y esperara a la ayuda que ya venía en camino, pero no hice caso y entré. Abrí la puerta lentamente, y me encontré con una imagen insólita para la situación: Isabella, bastante tranquila, preparando dos batidos rojos de los que nos servía todas las mañanas, lo que lo hacía diferente era la hora del día y la sangre que escurría en la mesa y sus manos: «Ah, llegaste. Perdona, pensé que sería lindo recibirte con uno de estos, después de todo, son mis favoritos». A pesar de su tono tranquilo, no podía tranquilizarme. Su belleza en ese momento no era suficiente para ignorar la sangre corriendo por los rincones, y en ese momento tocaron a la puerta: la ayuda había llegado. Cuando me distraje con el ruido, al mirar de nuevo a la barra, Isabella no estaba, sólo la licuadora que quedó funcionando. Salí a abrir la puerta y dejé que entraran. El terapeuta venía con ellos, y se asustó al ver sangre en mis zapatos y me dijo: «No... ¿No eres tú? ¿Has

tomado los tranquilizantes?». Me hice para atrás en pánico y corrí a la habitación de Isabella, haciendo que la policía me siguiera. Empujé la puerta, y ahí, en medio de un charco de sangre estaba Isabella, acariciando la cabeza de una chica que ya estaba muerta. Los policías, atónitos, la tomaron de los brazos y la arrestaron bajo sospecha de asesinato, y ella, al pasar a mi lado, me susurró «estabas equivocada: sí pudo haberte pasado». No pude volver a dormir tranquila.



Sentir

Mariana Abigail Ruiz León

«Mariana Ruiz»

Desconcertada me acuesto a dormir, era uno de esos días en los que todo lo que haces es respirar, sin la emoción que se supone que debes de tener, estoy cansada del simple hecho de seguir una rutina. Cuando duermo es un alivio, no tengo que estar consciente por un rato, así que es mi parte favorita del día. A la mitad de la noche algo me despierta, me pasa seguido, así que no hago caso y trato de seguir durmiendo, pero esta vez es diferente, es como si algo me llamara y sigo ese sentimiento, escucho ruidos afuera de mi casa y trato de averiguar qué es y me sorprende lo que veo, es un autobús, estacionado justo en la entrada de mi casa, estoy tan confundida para este momento que no sé si estoy soñando o alucinando, pero sé que debo abordar el autobús y lo hago, alguien me recibe en la entrada y curiosamente dice que yo no necesito el boleto para entrar, lo cual fue raro pero lo deje pasar al ver que todos los asientos había personas que parecían tristes, dispersas, lucían como yo de perdida. Rápidamente veo a alguien que me invita a su asiento y hago caso, era un señor de aspecto cansado, con sombrero y bigote y antes de que yo pudiera

decir cualquier cosa, el comienza diciéndome: —Sabes porque estoy aquí, ni siquiera yo mismo se cómo llegué aquí pero estoy desesperado, estoy aquí antes que cualquiera, he aprendido a ser paciente pero la vida se me va, un día estaba con mi esposa trabajando en el campo, como siempre, les gritaba porque nadie tenía el ritmo de trabajo que deseaba, sabía que ellos me podían dar muchísimo más, por eso siempre fui rudo y los traté mal, hasta que desperté aquí con esta angustia y desesperación, no creo haber muerto, no puedo ser capaz de morir, no lo creo, mi vida no puede acabar así. Yo tampoco creía que estuviéramos muertos porque soy joven y perfectamente sana para morir mientras duermo y algo en mi corazón me decía que no estábamos muertos. —Si es que estoy muerto crees que mi familia me perdona y es que en verdad lo siento tanto, no sabes lo feliz que fui con ellos, aunque jamás lo demostré, me arrepiento pero las comidas que compartimos todos los días bajo el arduo sol del campo después de trabajar duro, no las cambiaría ni por todas las riquezas del mundo. Necesito que sepan eso. Cuando él terminó de decirme lo que sentía, el autobús se detuvo y bajamos, todos menos el triste señor sentado a mi lado, estábamos en el campo, en un hermoso amanecer, el clima era perfecto, me sentí libre, agradecida por tener a mi familia siempre apoyándome, en verdad deseaba que ellos estuvieran ahí conmigo. Estuvimos un corto tiempo disfrutando de la vista, respirando el aire fresco, no sabía dónde estábamos pero era espectacular. Fui la última persona en regresar al autobús, estaban todos menos el triste señor, pero mi vista se dirigió hacia alguien más, quería que me sentara a su lado. Era una chica casi tan joven como yo, tenía una mirada tan profunda y perdida, comenzó a decirme: —Sabes, yo me

veía como tú, hace algunos años, era feliz pero no lo suficiente, tenía amigos, familia, trabajo, aparentemente no me hacía falta nada, pero un día ya no lo disfruté más, no era grato ser yo, no sé por qué pasó, pero estar aquí viajando en este autobús por miles de lugares no es nada diferente a mi vida, así que preferí quedarme que volver a ese lugar oscuro que es el mundo, quizá tenga que cambiar para salir pero soy ordinaria, deseo esto a volver. Yo sólo me quedé ahí pensando en mi vida, acababa de graduarme de la universidad y lo único que hacía era trabajar y volver a casa, no tenía emoción en mi vida, no era verdaderamente feliz, no me faltaba nada y no puedo quejarme de nada, pues tengo salud, amigos con los que siempre cuento y una familia que me ama, pero me di cuenta que en verdad lo que yo quería eran aventuras, conocer gente nueva, compañeros de viajes, quería más que una vida de oficina y apenas ganar lo suficiente para repetir el ciclo de vida de mis padres. En ese momento hicimos la siguiente parada y esta vez me sorprendió el lugar, una hermosa playa donde todo tenía tan colores tan vivos, me sentí plena, con ganas de comerme al mundo, quería explorar, ver más allá. Volvimos al autobús un momento después y como la primera persona con la que hablé, la chica ya no estaba más. Me hacía señas un joven que me parecía familiar, pero no lograba recordar de dónde podría conocerlo, sin darme oportunidad de siquiera presentarme me dijo: —Puede que alguna vez te hayas sentido como yo, solo, tan solo que hasta escuchas tu corazón latir por la quietud y es que yo la dejé ir, era el amor de mi vida y la dejé ir, ella era perfecta pero jamás me di la oportunidad de ser para ella, le corté las alas a la posibilidad de ser un nosotros para toda la vida, por ser indeciso, me arrepiento y por eso



estoy aquí sintiéndome solo, más solo que nunca y creo que merezco este castigo. No lo pude evitar y comencé a llorar, sentía su dolor y el sentimiento de soledad lo conocía, no soy una persona con vida amorosa porque jamás me permitía sentir amor por alguien, decía que ya habría tiempo para eso en el futuro y dejaba pasar oportunidades con personas maravillosas. Lloramos juntos por algunos kilómetros, lo cual fue extraño porque yo jamás hacía tal cosa en público, pero fue liberador, hasta que llegamos a la siguiente parada. Esta vez bajé yo sola del autobús hacia un bosque con cielo estrellado, hermoso, me sentí con ganas de amar, con ganas de sacar toda la pasión que escondí todo el tiempo, no recordaba tener esos deseos o quizá jamás los tuve hasta este viaje. Disfruté el momento y la noche, me acosté al pie de un árbol y sin darme cuenta me quedé dormida, pero esta vez no fue mi parte favorita. Cuando desperté estaba en mi cama como si nada hubiera pasado, apenas amanecía y sentí que la vida me daba una segunda oportunidad para ser feliz, para hacer lo que yo quisiera pero yo no la quería, me cansé de sentir.

¿Subimos?

Jeremy Alexis Ventura Ricardez

«JKSMCP»

Caminemos, el espacio es el justo entre nosotros, no hay qué hablar, simplemente caminemos. Los recuerdos parecen difuminarse. El calor de la tarde nos inunda, es agradable, parece un buen día, no hay nubes a la vista, ni nada que nos detenga, sólo estamos tú y yo. —Llegamos— te digo, mientras nos detenemos. —Aún no, la cima aún está lejos— dices, mientras limpias el sudor de tu frente —Lo sé, sin embargo llegar aquí... —Sí, sí, es un gran avance— Interrumpes lo que digo. —Parece obvio, empero dime ¿Cuántas personas conoces que hayan llegado hasta aquí? No contestas nada, estás distraído. —¿Estás bien? ¿Algo te preocupa? —¿Ah?!, sí, e-estoy bien, simplemente, mientras más cerca estoy, me siento más pequeño ante esta enorme montaña— contestas con voz cortada, algo te impide expresarte bien. —¿Estás seguro que quieres hacer esto? Aún no es tarde para arrepentirse —Estaré bien, no retrocederé, estoy dispuesto a seguir hasta el final— tu rostro ha cambiado por completo, estás serio, decidido. —Está bien, sólo no hagas más esfuerzo del necesario. Esta noche la luna es enorme, brillante, es tan hermosa, me

hace querer caminar en ella, en su inmensidad. Volteo la vista, una nube gris parece rodear tus ideas, quisiera saber qué ronda por tu cabeza. Dime ¿Qué misterios esconde tu ser? —Te has preguntado ¿Qué sentirá la luna al estar allá arriba? Sola, girando alrededor de nuestro planeta— preguntas rompiendo el silencio. —La verdad es que nunca me lo he preguntado, aunque también pienso que la luna no está sola girando, tiene a las estrellas que la acompañan, además el sol le da su luz, le permite brillar aun en la noche más oscura ¿Por qué la pregunta? —Porque, el estar ahí arriba debe ser frío, aún con toda la luz del sol iluminando. —Es un razonamiento extraño, ¿Qué me tratas de decir? —Simplemente me pregunto, si la luna está destinada a girar sobre nosotros, protegiéndonos de meteoritos, de hacer que las mareas no suban más de lo que deberían ¿Será que podré encontrar mi destino al igual que ella? ¿No desistiré en el último momento? ¿Tengo la fuerza para seguir adelante? —Pareces triste, desanimado, confundido. Yo... No sé qué decir, es difícil saber si el llegar a la cima te dará lo que buscas... —Lo sé —contestas, tu rostro refleja las dudas, los miedos que yacen en ti— sólo, no sé si estoy listo, tal vez no estoy preparado para fallar. —Todos sentimos lo mismo, todos predicán, ¡Debemos ganar! Pero nadie nos prepara para perder, no podemos caminar si antes no tropezamos. —¿Y cómo te levantas después de fallar muchas veces? La tristeza en ti cada vez es mayor, tus acciones esconden años de dolor, pero tus ojos, tu mente me gritan desesperadamente ¡AYÚDAME YA NO SÉ QUÉ HACER! —Simplemente levántate, no es el fin del mundo—... Tu expresión cambió, a lo mejor estás pensando que tengo razón, tal vez piensas que no he dicho nada nuevo, de cualquier manera, algo

hizo que cambiaras lo que estás pensando. —Será mejor que descanses, mañana será un gran día. Asientes, con mayor tranquilidad, aún estás preocupado; tranquilo, nada nos detendrá. Es de mañana, te despertaste temprano, ¿cocinas algo?, huele bien. —¿Estás listo? —Sí, es hora, hoy se cumple mi destino. —Entonces, subamos. Hay una sonrisa en tu rostro, amaneciste diferente, seguramente algo te hizo pensar anoche. —Es hora— Dices con seriedad, una calma te ilumina. Llegamos, la montaña es enorme, parece que la cima toca las estrellas. Empezemos a escalar, el inicio es sencillo, nuestra experiencia nos ayuda a subir, aunque cada vez se vuelve más pesado. Resbalando, una, otra vez, aun así eso no nos detendrá, esta cima es nuestra. Empieza a hacer frío aquí arriba, la falta de aire nos hace bajar la velocidad, pero no desistiremos, nada nos detendrá, todavía nos queda mucho por recorrer. Llegamos a la mitad, una pequeña cueva nos brinda protección, podemos descansar un poco. —Desde aquí parece que la cima es pequeña— Dices, jadeando por el cansancio y la falta de aire. —Sí, allá abajo parece gigante, aquí es un simple pico, aunque las estrellas lucen hermosas aquí, parece que pudiese subir en una. —Yo siento lo mismo, quisiera subir a una de esas estrellas, ver a dónde me lleva. Sonrías como si no tuvieras más cansancio, hay calor en ti, más allá del calor corporal. —¿Seguimos? —Claro, no dejaremos esto hasta aquí— contestas con emoción. Después de un pequeño descanso, seguimos avanzando, cada vez la cima es más pequeña, no falta mucho, estamos a 20 metros, algo en mí me detiene, no sé si es el miedo o la emoción, pero me asfixia, no puedo respirar. —Tú termina— digo casi sin aire, me sofoco, necesito regresar. —Sé que puedes, yo te ayudaré, hemos pasado



mucho para llegar aquí.— Contestas con preocupación y tristeza, no quiero que te detengas por mí. —No puedo respirar, debo regresar, pero tú puedes seguir, llega a las estrellas —Pero... —No hay pero que valga —Interrumpo— cumple tu sueño, sigue arriba, sube, no impediré que cumplas lo que te has propuesto, estás listo, asciende. Te veo subir, llegar a la cima del mundo, nada te evita llegar, la luna te recibe, tan enorme y hermosa como nunca había estado, subes, tocas la luna, la rozas, ¿Qué sientes de tocarla?, sube a ella, camina por ella, sigue subiendo, no hay nada que te detenga, te puedo ver tocar las estrellas, te pierdes entre ellas, te envuelves en su luz, te vuelves uno con ellas, tal vez, seas mejor que ellas. Yo... Cada noche pensaré en ti ¿Dónde estarás mañana? ¿Llegando a Júpiter? ¿Escalando sus anillos?, o tal vez ¿Observas la lluvia en Saturno?, debe ser hermoso, dónde sea que estés, sé que la luna no será tu límite.

Participantes

Reconexión Alamilla Sánchez Carolina «Azul»

Carta de cobardía Amaya Esquivel Jhonatan Emmanuel «James»

Insignificancia Ángeles García Alex «Kishihan»

Historia de un asesinato Arriaga Navarro Kenia «Odaliz Arriaga»

Todo oscuridad Atayde Morales Diego Enrique «Diego Auditore»

Maldita-mente odiosos Becerril Treviño Alejandro «Beck»

Tierra sagrada y el hacendado Bermúdez Sotelo Gustavo «El águila que cae»

La vida eterna del hombre que muere junto al universo Bravo Castro José Iván
«Navi Yonebayashi»

Big city nights apartado No. 14 Bravo Mata Jesús Esteban «Julián Reinert »

El monstruo Camacho Ignacio Violeta «Ignacio.A»

Disociación entre rojo y azul Cárdenas Flores Paola «Karen M»

El Ruido Cárdenas Mendoza Juan Carlos «Juccme»

Especial de madrugada Casanova Torres Gerardo «Jerry Duke»

Aurora Cervantes Bazán Julio Gonzalo «Corzo»

Neblina Corona Rojas Jesús Alonso «Tehdy Link»

El Fantasma del miedo Cortés Hernández Víctor Julián «El Ajolote de papel»

Manchas Cortés González Zaira Yaritsi «Myaci»

La Corriente Cuéllar Ramírez Rafael «Álvaro V.»

Rendirse Domínguez Aguilar Moisés Alejandro «Fra Den»

El Organillo Enriquez Esparza Ketzalxihuitl «Nikteha»

Juicio de medianoche Espinosa Pérez Montserrat «Luna Casiopea»

- Verrücktheit* Feria Chávez Samantha Yamilé «Odina»
- Xopan* Feria Núñez Mariana «Merit Aziz»
- Calavera* Flores Simbrón Saúl «Lucas Matsusaki»
- La noche más arcana* Gallegos Hernández Rodrigo «Escribano De Media Noche»
- Pesadilla recurrente* Garay Ávila David «Daviesk Asimov»
- Goce sideral* García Sitio Diego «Inquisidor Privado»
- Cenizas escarlata* García García Diego Armando «Orlon»
- Honras fúnebres* García Arroyo Cynthia Irasema «Irasema »
- Cielo incompleto* Garnica Muñoz Adán Efraín «Adán»
- Entonces, baila conmigo* Gómez Espinosa Jorge «Ichrael»
- Historias de una bruja real* Granados Martínez Laura Alejandra «Raleroux »
- Un día de tantos* Guzmán López Indira Nallely «Tassia59»
- Lillia* Hernández Flores Diego Manuel «Defilos»
- Madera* Hernández Cabañas Jesús «J. Cottage»
- Siluetas en la oscuridad* Hernández Millán Fátima Ximena «Astrx»
- La última noche* Hernández Hernández Alfredo «Zazdra»
- Lluvia a mitad de la noche* Hernández Jiménez Efrén Antonio «Tetzáhuitl»
- Náhuatl* Herrera Romero Juan Pablo «Juan Pablo Herrera Romero»
- La mujer del bosque* Jiménez Martínez Atzin «Kisaeng»
- Con piel humana* López Echeverría Luz «Victoria»
- La imperfecta historia de un antagonista* Manuel Santiago Thelma Isela «Kaus»
- El Sol sale por el horizonte* Martínez Martínez Mariana Nallely «Marr9»
- Almas gemelas... ¿o no?* Medina Hernández Lizandra «Drachen Horne»
- Dulce luna* Medina Vaca Katia Alessandra «Alessia»
- Un amor inexplicable* Méndez Anzures Ximena «Vampi»
- Nada* Mendoza Hernández Ana Paula «Annie»
- Nunca tuyo* Miranda Contreras Elsy Guié Yazi «Athena G. Strange»

Concierto en G Menor. La G es por el gris de mi vida Miranda Hernández Brenda

Susana «Red Banshee»

¿Cuándo pasará? Mondragón Reyes Yoselin Guadalupe «Sritalove»

Shi Morales Martínez Emir «Emma»

Dos cortes por un reencuentro Olguín Ramírez Azul «Bleumoonix»

La moneda Olivares Días Manuel «El Guardián »

Isabella Olloqui Rodríguez Wendy «Wendy»

Ino Ortiz Ortiz Marian Yexalén «Byul»

Los recuerdos del corazón Palomares Quintanar Sebastián Marcelín «Metztli»

Pasajero Pérez Hernández E. Regina «Gina»

Arriba del puente Pérez Torres Jesús Ángel «Jesús Peto»

Noches particulares Pimentel Hernández Marco Antonio «Emell Marck.c»

Sólo un sueño Pineda Vargas Amaury Salvador «Amaury Salvador»

Un último adiós Ramírez Méndez Christopher Goethe «Gute»

Cira mayo Ramírez Marínez Eneri Aric «Nrikuik»

Ambaris Reyes Villarreal Hanna Paula «H.virre»

La piloto Charlotte Rivera Luna Diego Ulises «Dingo Sting»

Me gusta ayudar Rodríguez Rodríguez Elisa «Dueña De Computadora #2»

Un mundo real rojo Rivera Alexandra «Alex Rojo »

Me encontré (Perdiéndome en nunca jamás) Romano Mendizábal Dante Diblik

«Samwise Diblik Capaldi»

El laberinto de las almas Rosete González Elaine Xally «Saiko Rouse»

Catalina, la plastilina Ruiz Aguilar Cristian Jair «Élan Ruiz»

Sentir Ruiz León Mariana Abigail «Mariana Ruiz»

Un pequeño y un gran sentimiento Saldaña Ríos Paola «Lua Myn»

Las tres voces soberanas Sánchez José Manuel «Charles Poppé»

La traición de la sombra Soto Torres Miguel Ángel «Kuromyth»

Las siete vidas de un gato Trejo Juárez Viridiana Joana «Artemisa»

Cuento de la muerte Vázquez Zacatenco Araceli «Emma Vaza»

Olvidado en lo cotidiano Velázquez Gil Blanca Andrea «Señorita Rojo»

Final ruin Venegas Sánchez Ricardo «Rovs»

Gato encerrado Venegas Ayala Fernando «Cangrevurguito»

¿Subimos? Ventura Ricardez Jeremy Alexis «Jksmcp»

Tareas escolares Ventura Santos Jonathan «Río Riva»

Cura de cuarentena Villavicencio García Rodolfo «Carlos Súbito»

Olores del pasado Zepeda Sandoval Ximena «Alnilam»



Noveno Concurso de Cuento

Gonzalo López de Haro

se publicó digitalmente en el repositorio
de la Facultad de Ingeniería, UNAM,
en octubre de 2025.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron
a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial
de la Facultad de Ingeniería. Las familias
tipográficas utilizadas fueron Literata y
Cambria con sus respectivas variantes.